

Notas

Queridos amigos:

Terminamos julio con una muy mala noticia para todos nosotros. A primera hora de la mañana recibimos la noticia del fallecimiento de Antonio Jiménez. Cuesta creerlo pero la muerte produce un vacío inmenso. Tantos años de lucha, de esfuerzo y de compromiso con la Historia de la Filosofía Española parecen desvanecerse de repente. Ha fallecido un profesor universitario dicho esto en el pleno sentido de la palabra. En la Universidad Autónoma, desde donde enviamos este correo, recordamos su compromiso con la Universidad Complutense de Madrid, su formación en la cátedra con José Luis Abellán, magisterio que siempre reconoció con plena honestidad intelectual y su prolongada actividad en defensa de la Historia de la Filosofía Española en la reforma en marcha. La ilusión que tenía tras los acuerdos de la Junta de Facultad no ha bastado para mantenerle vivo; ni siquiera el río Ebro, fuente de vida, ha sido suficiente. Extremeño de raíz, prohijado en Aragón y siempre hijo del Madrid “castizo”, ha sido Antonio un hombre de bien, sin dobleces, sincerote y, sobre todo, un enorme trabajador. Lector infatigable, bibliógrafo de pro y gran conocedor de nuestra historia, era una autoridad entre los estudiosos del siglo XIX. También recordamos la ayuda que siempre nos prestó en tribunales, comisiones o en todo aquello que le pedíamos. Siempre estaba dispuesto a colaborar. En realidad lo hizo con todos.

Desde la aventura del Seminario salmantino hace ahora justamente treinta años, no ha llegado a ver la celebración que tenemos preparada para recordar también veinte años de historia de la AHF. ¡Cuántas horas de trabajo e ilusiones han quedado en ese Hospital de Zaragoza! ¡Cuesta trabajo creer que sus textos del número trece de la revista sean ya póstumos. Y que uno de estos textos esté dedicado a la memoria de otro buen amigo común, Luis Jiménez, parece ser un juego del destino para que las memorias se entrelacen.

De manera improvisada hacemos llegar a todos los socios nuestro pesar, que seguro compartimos por la muerte de un amigo común, actual vicepresidente de la AHF de la que llegó a ser presidente. Nos

queda su obra y el recuerdo de sus muchas intervenciones en tantas actividades compartidas. Y nos queda esa sinceridad que no abunda en el mundo académico.

Su mujer, Teresa, va a encontrar un vacío grande por la falta de quien la ha ayudado tanto a cuidar de su anciano padre aun a costa de su propio tiempo. Junto a la sinceridad, la generosidad. Dos virtudes quizá heredadas de aquellos viejos maestros a los que tanto estudió y que se esforzó en practicar. Los amigos podemos contribuir a llenar parcialmente ese vacío con nuestro cariño. Trataremos de hacérselo llegar por todos los medios.

Un abrazo a todos.

José Luis Mora. Presidente.

Marta Nogueroles. Secretaria.